

LO DESCONOCIDO

“Vivimos en una sociedad profundamente dependiente de la ciencia y la tecnología y en la que casi nadie sabe nada de estos temas. Ello constituye una fórmula segura para el desastre” – CARL SAGAN

Llego a una calle vacía y oscura y me llama la atención un destello de luz bajo la única farola encendida. Me acerco y, apoyado junto a la pared, veo un móvil. Me giro. No hay nadie. Me agacho y lo cojo. En la funda se ve la silueta de Carl Sagan junto con una de sus citas. Lo enciendo, más por costumbre que por iniciativa propia y, en vez de iluminarse, se desmonta en pequeñas piezas ante mis ojos. Levanto la mirada de nuevo, buscando cómplices entre la oscuridad, pero la calle sigue vacía.

Me fijo en las entrañas del móvil, en lo que parece una pequeña ciudad futurista, y en la diversidad y riqueza de sus componentes. Veo oro recubriendo sus calles, plata y cobre en algunas conexiones, estaño en las soldaduras. También veo tierras más raras: neodimio en los imanes y terbio, itrio y europio en los colores vívidos de la pantalla, que se ilumina como para recalcar lo maravilloso de su presencia en este lugar. Como si las fuerzas cósmicas conspiraran en su creación poniendo a nuestro alcance las herramientas adecuadas. Otros elementos los huelo: arsénico, antimonio y boro surgen de las entrañas del microprocesador. Siento su toxicidad. En mi cabeza resuenan unos pasos, o unas voces, y me giro, rápido. Me mareo. No hay nadie.

La luz de la farola titila, el juego de luces y sombras hace aparecer unas figuras en el interior del móvil y, como en un teatro de sombras chinescas, veo la fabricación del primer ordenador, enorme, durante la segunda guerra mundial. Veo la guerra fría y el desarrollo del GPS, ahora integrado en nuestros móviles, y veo en su interior más tecnología y potencia que el Apolo 11, la nave que nos llevó a la luna. La luna también la veo, iluminando un desfile de premios Nobel que comparte en voz alta sus logros: la optoelectrónica y los circuitos integrados, los transistores, la mecánica cuántica y la relatividad, los diodos de luz, las memorias magnéticas, los cristales líquidos... Un congreso de Solvay al alcance de la mano.

Vibra el móvil, un sonido fuerte que cobra aún más dureza en la calle vacía, y noto cómo el wolframio tiembla, resistiendo al desgaste, como en los bosques de su infancia perseguido por narcotraficantes. Veo el litio, sediento tras agotar los acuíferos del desierto lunar, y el último aliento en el cobalto que ha recorrido las rutas de contrabando. Veo la sangre de minorías forzadas a ensamblar componentes en los campos de detención del dragón. Veo el tacto de la mano de un niño en el coltán extraído a la fuerza en una región de grandes lagos. Coltán con el que se han fabricado los condensadores de tantalio que sirven para seguir miniaturizando la tecnología. Cada vez más pequeña, cada vez más liviana. Y veo el futuro. Veo la ciudad veneno, con enormes cantidades de metales pesados y su impacto irreversible. Veo la toxicidad en el aire, en las tierras y en las aguas de vertederos ilegales de basura electrónica. Veo mi reflejo, en la pantalla, y las caras de muchas otras personas a mi espalda. Me giro.

No hay nadie. La calle sigue vacía. La pantalla del móvil está empañada por el aliento de mi respiración agitada. Lo dejo en el suelo y me marcho mientras la luz de la farola ilumina la cita de Carl Sagan. Escucho un zumbido y me llevo la mano al bolsillo. A mi móvil.